



¿Revolución en la historiografía pampeana?

Una respuesta a "¿Revolución en las pampas?" de Juan Manuel R. Palacio

Eduardo Sartelli*

Este texto tiene por finalidad contestar las críticas que Juan Manuel R. Palacio hiciera a la compilación de Waldo Ansaldi, **Conflictos obreros rurales pampeanos**, en la que tuve una participación destacada, si no por la calidad, al menos por la cantidad de artículos de mi autoría allí presentes. Editadas en el número 140 de **Desarrollo Económico**, las críticas han sido hechas en un tono poco amable, aunque yo prefiero pensar que no había allí intención alguna de ofender a los autores comentados y que se trata, en realidad, de un estilo jovial y burlón. Mi respuesta se enmarca en este segundo registro y espero no sea tomado a mal.

Por otra parte, los trabajos mencionados tienen ya 8 años de antigüedad por lo que defenderlos a tanta distancia tiene sus problemas. Los escribí cuando acababa de terminar el cursado de la carrera de historia (y hay alguno anterior), por lo que es razonable pensar que algunas ideas han cambiado en ese lapso. Es más, son hijos de un esquema de pensamiento que no es el que sostengo hoy: mientras el compilador se movía en un marco que iba desde el marxismo a Touraine, yo no tenía ninguna definición clara en ese tema. Comenzaba sí a inclinarme por el marco conceptual en el que hoy me muevo con más comodidad y menos confusión que entonces, el marxismo. De modo que me separan de aquellos textos no sólo más experiencia sino toda una forma de pensar los problemas sociales. Por una razón que explicaré más adelante, me encontraba en aquel entonces en la misma posición que se encuentra hoy Palacio, a pesar de que pertenece a una promoción bastante anterior a la mía y me lleva varios años.

Antes de comenzar la defensa, es importante aclarar lo siguiente: denunciar los límites de la propia labor es un rasgo de seriedad científica que debe ser respetado. En criollo: no se puede criticar a alguien por no hacer lo que dijo que no iba a hacer. En criollo otra vez: si el autor reconoce sus propias limitaciones, ¿cuál es la utilidad de una crítica que no hace más que repetirlas? El astuto aprendiz de Sherlock Holmes de la historiografía podrá ufanarse del ingenio con el que enhebra frases efectistas pero no logrará engañar al lector atento que haya leído la introducción del libro. Y concluirá con nosotros que un personaje así sería más bien un obeso tomador de cerveza del medio oeste americano antes que un inteligente descifrador de enigmas.

La compilación de marras, cuya defensa no haré más allá de lo que atañe a mis textos, en la convicción de que Waldo y el resto de los colaboradores asumirían con más inteligencia la parte que les toca, tenía finalidades explicitadas en la introducción. En momentos en que fue escrita (según consta en la

*Universidad de Buenos Aires, Fac. de Filosofía y Letras.



introducción), entre agosto de 1988 y setiembre de 1989, casi no existían textos dedicados al tema y el agro pampeano aparecía como un espacio de conflictividad ausente, con algunos pocos hitos aislados (Alcorta, por ejemplo). En tales condiciones, la primera tarea, elemental, era confirmar o negar esa imagen. En eso consiste el material incorporado a la compilación: nosotros descubrimos que esa imagen era completamente falsa, que la pastoral armoniosa que gustaba entonar nuestra oligarquía (y que aún hoy permanece viva en el imaginario colectivo) era en realidad la cobertura ideológica a una historia escrita con sangre. El conjunto del proyecto incluía un análisis global de la conflictividad rural: mostrar al agro pampeano como un espacio construido a fuerza de conflicto, como cualquier otro escenario de la realidad social. El lector podrá imaginarse, por las fechas a las que hicimos alusión más arriba, por qué razones el proyecto quedó trunco, teniendo en cuenta que todos dependíamos más o menos del CONICET. Con posterioridad, el propio curso de mi historia intelectual me fue alejando de ese proyecto aunque no de las amistades que allí conseguí y de las que me enorgullezco. En consecuencia, el libro sólo tiene un afán informativo y si aquí o allá busca alguna clave interpretativa lo hace, como señala la introducción, en estado de tentativa. Palacio sabe todo esto, porque está dicho en el libro desde el comienzo, pero también porque lo reconoce en su propio texto. Aún así, prefirió seguir adelante. ¿Por qué? Porque si no, buena parte si no toda su crítica, se volvería innecesaria. Para probarlo, vamos a ordenar nuestra respuesta desechando primero aquellas críticas que son de orden menor, para pasar luego a los dos aspectos más importantes, metodología y teoría.

a) **Críticas de orden menor:** Nuestro amable Sherlock se esfuerza, con una pasión digna de mejor objeto, en descubrir misteriosas conexiones internas al proceso de gestación de los textos. Así, se preocupa por si el último texto de mi autoría no era en principio uno solo junto con el primero. Ignoro qué quiere decir o descubrir cuando señala que uno de los fuertes indicios está en que ambos tienen frases idénticas. ¿Para qué tanta inteligencia consumida en una minucia tal? Nos conocemos, tenemos conocidos en común, yo creo tener su teléfono y supongo tiene el mío. Nos hemos cruzado aquí y allá infinidad de veces. He defendido su seminario de grado siendo consejero de la Facultad de Filosofía y Letras ante un Consejo remiso en aprobarlo. Bastaba con preguntarme. Hubiera recibido una respuesta desilusionante: no, no eran parte del mismo texto, eran textos separados. Uno habla de la organización sindical y otro de las huelgas. Y si hay frases en común es porque los temas se tocan y el autor es el mismo. Elemental... Si el compilador decidió no homogeneizar la edición y existen repeticiones aparentemente inútiles, se debe a su encomiable voluntad de respetar la autoría y el carácter personal de trabajos que tuvieron una factura parcialmente independiente. Esto también está señalado en la introducción, que Palacio debió leer con más atención...

Otras críticas menores se refieren a baches y frases inconexas, siglas de significado inexplicado y



otras menudencias por el estilo. No quisiera tener que decirlo pero voy a hacerlo en la forma más respetuosa posible: el CEAL **era**, lamentablemente para todos los que escribimos en ciencias sociales ya no es, una editorial que publicaba tiradas baratas, accesibles, sin cuestionar de ninguna manera el contenido y **sin cobrar un solo peso a los autores**. Difícilmente se encontrará un editor más generoso, abierto y honesto. Por esto es que me duele tener que decirlo: no siempre sus ediciones tenían el cuidado suficiente y todos los que publicamos alguna vez allí sabemos de qué hablo. Con frecuencia faltaban párrafos, los nombres aparecían cambiados, etc., etc.. En mi caso, son varias las frases a las que yo mismo no les encuentro sentido. En los originales, escritos en Olivetti 45 en tiempos en los que no tenía computadora, no sólo Ofelia Pianetto no se había transformado en "Pianatto" sino que no existía un tal "Muñoz Monasterio" sino el cuestionado juez Núñez Monasterio. También había una lista con las abreviaturas aclaradas y hasta un mapa de la provincia de Buenos Aires con las localidades en las que se habían producido las huelgas. Los tiempos de edición eran tan flexibles que cuando se publicaron, en marzo de 1993, los textos ya tenían tres años de escritos y yo había dado por dudosa su impresión. Aún así, sorprende que quien se propone como el nuevo revolucionario de la historiografía pampeana se regodee con detalles de tan poca importancia.

b) **Críticas a los problemas metodológicos:** Dos son las acusaciones. La primera, que sólo utilizamos como fuentes los periódicos obreros. La segunda, que los tratamos ingenuamente. Veamos la primera: no es cierto que sólo utilizemos diarios obreros. En el artículo más criticado hay 44 citas de diarios no obreros, lo que basta para demostrar la falsedad de lo que se dice. También debería reconocer que los diarios no obreros son varios: **La Prensa, El Diario, La Razón y Chacabuco**. Este último es una muestra de que no nos limitamos a los grandes diarios sino también a aquellos de pueblo que tuvimos a mano. Que la cantidad de citas de diarios obreros sea mayor que la de los no obreros se debe simplemente a que los periódicos de los trabajadores solían (y suelen) ocuparse más de ellos que los patronales (¿puedo decir burgueses?). Si Palacio tuviera un poco de experiencia en el tema no hubiera hecho una observación como esta. Pero quien ha pasado varios años de su vida tratando de perorar sobre el mundo y sus alrededores a partir del análisis de los documentos de una **sol**a estancia de la provincia de Buenos Aires, difícilmente pueda entenderlo. Porque lo que está detrás del privilegio concedido a un tipo de fuente como esta es una opción metodológica, la más razonable **en el contexto de nuestra investigación**. Si nosotros nos hubiéramos preocupado por **un solo** conflicto tendría sentido su crítica en el sentido de que debíamos apelar a otras fuentes. Pero nuestra opción fue obtener como señala Waldo en la introducción un "primer operativo de rescate", operación "primera y parcial", "tal vez excesivamente descriptiva" pero necesaria "para disponer



de una completa, o lo más precisa posible, radiografía de la conflictividad obrera rural." ¿A alguien con un mínimo de experiencia en la investigación se le ocurre que pueden relevarse 40 años de conflicto social revisando cuanto archivo pueda señalar la imaginación desbordada de un crítico que parece más preocupado en ofender que en entender lo que critica? En mi caso personal, en el año señalado relevé la información de **La Vanguardia, La Protesta, La Organización Obrera, La Prensa, La Razón, El Diario, Chacabuco, El Trabajo, Bandera Proletaria** y algunos más, a lo largo de los seis años que van de 1916 a 1923. Para los tres de 1927 a 1930 y los ocho que van desde este último año a 1937, **La Vanguardia, La Protesta, Bandera Proletaria y La Prensa**, sin contar los cuatro siguientes que pertenecen a información no incluida en el libro así como los primeros diez años de comienzos de siglo de varias de esas publicaciones. Todo eso en un sólo año y para toda la región pampeana incluyendo una revisión superficial de algunos años de **La Tierra**, todos los **Anales** de la Sociedad Rural y los diarios de Sesiones de las Cámaras de Diputados y Senadores de la Nación y la de diputados de Córdoba. Si los **Anales** y los diarios de sesiones no aparecen citados se debe a que no decían nada importante. Tanto **La Tierra** como **La Voz del Interior, La Capital** y otros diarios de principios de siglo fueron examinados in extenso a posteriori. Añadir la información allí obtenida no agregaba nada sustancial al asunto.

Cuando uno quiere tener una primera aproximación, para ver qué hay, y en un período largo, la homogeneidad y universalidad de las fuentes se transforma en un problema. Porque se corre tanto el peligro de no terminar más si la búsqueda se prolonga ad infinitum, como porque se puede sobredimensionar un fenómeno si se utilizan fuentes no homogéneas que por razones específicas le otorgan más atención que a otros. Si hubiéramos buscado más información (que **no era necesaria**) en otro tipo de archivos, como los del Ministerio del Interior, los archivos policiales o judiciales, simplemente hubiéramos tenido que renunciar al objetivo inicial (una radiografía de conjunto) y dedicarnos a microhistoria. No era nuestra intención hacer un estudio de caso de un problema general que en principio no existía y por lo tanto invalidaba cualquier búsqueda puntual. Por otro lado, ya había estudios de caso (Jacinto Aráuz, por Bayer y Tres Arroyos, por Cuadrado Hernández) y no nos resolvían el problema que nos habíamos planteado: ¿esos conflictos eran una excepción en un panorama normalmente idílico o por el contrario eran la punta de un iceberg?. Para resolverlo no quedaba otra posibilidad que iniciar un rastreo a lo ancho de toda la pampa y de un largo período. Y para eso la fuente más indicada eran los diarios. ¿Por qué los diarios? Fácil: son las únicas fuentes que ofrecen homogeneidad, continuidad a través del tiempo, unidad de registro, extensión geográfica, etc. ¿Es una elección disparatada? No: muchos investigadores consagrados han hecho una elección de este tipo, perfectamente racional. Hasta Homero Simpson es capaz de comprender esto, no digamos Sherlock Holmes...



Pero, para desgracia de nuestro desprevenido Sherlock, tal búsqueda de fuentes diferentes fue hecha por quien esto escribe. Y si Palacio tuviera un poco, sólo un poco de experiencia en la investigación más que relevar durante años las cuentas de una **sol**a estancia de la provincia de Buenos Aires no se sorprendería si le dijera que los archivos del Ministerio del Interior que revisé para la crucial cosecha de 1919-20 son extraordinariamente parcos y no dicen nada que no estuviera en los diarios. Pero aún más. La vedette de los que buscan "renovar" los instrumentos a mano de los historiadores, a la que se le adjudican virtudes cuasi "mágicas", la historia oral, también tiene muy poco que ofrecer: entrevisté a Juan Fernández, anarquista de Pergamino, a Miguel Avila, socialista de Córdoba, a Pascual Vuotto, mítico anarquista de la provincia de Buenos Aires, a Roque Gardella, peón rural de Chacabuco y a Humberto Correale, también anarquista. Las declaraciones de este último fueron sorprendentes: había ido a verlo a Quilmes por su participación en la huelga de Alejandro (Córdoba) de 1921 después de haber leído su columna en **La Protesta** de ese año. Para mi sorpresa, ese magnífico luchador de más de 80 años recordaba con lujo de detalles todos los episodios de la huelga. Pero ninguno, absolutamente ninguno, añadía absolutamente nada, nada, a la columna del diario, 60 años atrás. No es sorprendente, basta recorrer las columnas de **La Protesta** de 1921 para tener el núcleo más importante de la información que luego Teodoro Suárez le dió a Osvaldo Bayer para escribir "La Masacre de Jacinto Aráuz". Las entrevistas a personas "del común", no militantes, participantes o no en los hechos investigados tampoco arroja grandes novedades. Pero aún los juicios (ah!, la última palabra en fuentes...) aparecen denunciados como abusos patronales en las columnas de los diarios, como ese que un grupo de carreros de Rojas le hace a un cerealista en 1922 entre los que figura, como afectado denunciante, un tal Domingo Sartelli, mi bisabuelo...

Ahora, ¿nuestro tratamiento de las fuentes elegidas fue ingenuo? Se me acusa de creer ciegamente en los diarios obreros. Si Palacio tuviera alguna experiencia en el tratamiento de fuentes del movimiento obrero, sabría que una de las vetas más ricas que permiten la confrontación de la información es la contrastación de los dichos de cada una de las orientaciones ideológicas con los de las otras. Concretamente, dice mucho más sobre la veracidad de la información de **La Protesta** la contrastación con las versiones similares que ofrecía **La Vanguardia** que cualquier otra astucia de un aprendiz de detective. Los diarios obreros no son un bloque. Pero claro, quien ni siquiera sabe que **La Organización Obrera** no sólo no era un diario "anarquista" sino que era el vocero de su enemigo más enconado, el sindicalismo revolucionario, tendencia que dominaba en la FORA IX, mal puede entender lo que se le trata de explicar. Porque no se puede explicar ninguna sutileza metodológica a quien carece de conocimientos elementales.

Pero, además, hay una lectura muy superficial de parte de quien se considera un crítico tan astuto: porque en el texto que él más cuestiona hay por lo menos dos episodios, de los varios ejemplos que



podríamos tomar, que muestran el manejo que hicimos de la información. En el caso de la huelga de Tres Arroyos, dedicamos más espacio del necesario a la discusión entre anarquistas y socialistas acerca de sus respectivas acciones en la zona y confrontamos las afirmaciones de **La Prensa** y **El Diario** acerca de la existencia de un clima revolucionario en el lugar, fantasma agitado por el primero y que el segundo desmiente. También buceamos brevemente en la contradicción entre un grupo de periodistas y el diario **El Debate**, de Tres Arroyos y **La Prensa** acerca de lo que realmente había pasado en el pueblo. Es importante examinar la prensa periódica porque debe recordarse que, para la época, es el único medio de comunicación nacional masivo en ausencia de radio y televisión. Como señalamos en otro lado, difícilmente se pueda exagerar el papel de los grandes diarios burgueses en la creación del consenso represivo, es decir, el fomento de un clima adecuado para que la acción estatal y paraestatal aparezca justificada ante la "opinión pública". Cualquier cosa que dijeran los diarios obreros podía ser desmentida o encubierta por la prensa burguesa y sólo las contradicciones entre diarios patronales permiten hallar alguna prueba objetiva. En otros casos se trata sólo de palabra contra palabra, aunque la lógica y el sentido común, los instrumentos privilegiados de un verdadero Sherlock Holmes, pueden ayudar a dar sentido a una información escasa. Por ejemplo, en el episodio de Arrecifes confrontamos las afirmaciones de **La Protesta** con **La Prensa**. Dimos la razón, al menos en general, al diario anarquista porque la versión contraria era un tanto difícil de creer: Balvidares Bustos, anarquista detenido por la policía, habría sido muerto a balazos en la comisaría por sus propios compañeros quienes, según **La Prensa**, habrían ido a rescatarlo pero "ciegos de furor" lo mataron... Incluso a Homero Simpson le hubiera parecido sospechoso...

La misma actitud se manifiesta cuando señala que sacamos otros datos como condiciones de vida o salarios sólo de los diarios obreros. Un sólo ejemplo: en más de un texto está citado como referencia el Informe Biale Massé, una fuente obligada para cualquiera. Y Biale Massé no era obrero. Sin embargo, sus noticias sobre las condiciones laborales son idénticas a las de los diarios obreros. La arbitrariedad de la acusación se repite cuando, con un nivel de incoherencia indigno de un eximio pesquisador, señala que apelo a datos sueltos sobre salarios extraídos de los diarios para probar un razonamiento al que arruino al pretender reforzarlo con un material tan endeble. En principio, si el razonamiento es plausible y los datos "endebles" son, sin embargo, coherentes con ese razonamiento, ¿por qué se arruina?. Lo que digo en ese pasaje criticado tan ingenuamente es: no tengo buenos datos para probar la evolución de los salarios, pero me parece que pasa esto y esto otro y los pocos indicios, que no son muy confiables, parecen darme razón. Punto. Confieso que no tengo datos y que estoy deduciendo. ¿Qué es lo que está mal? ¿La confesión de la debilidad de los indicios? ¿La negativa a afirmar algo en un mero razonamiento? ¿O no haber deshechado los datos conseguidos? Si Palacio tuviera alguna idea de la evolución de las fuentes sobre salarios



pampeanos sabría que los datos oficiales se cortan en 1917, que recién hay nuevos datos oficiales en 1924-25 y que desaparecen hasta 1930 por lo menos. Y que en la crucial coyuntura de 1918-22, ese como tantos otros datos de primera importancia no existen. Y que todo buen científico utiliza lo que tiene a mano con la adecuada crítica y advirtiendo al lector sobre la validez de lo que dice. Elemental... Lo mismo cuando critica que saco datos sobre los niveles de represión de los propios diarios obreros: parece olvidar, entre otros ejemplos, la cita de la circular del jefe de policía de la provincia de Buenos Aires en la que figura la metodología con la que se va a encarcelar a los obreros huelguistas y que habla por sí misma. ¿Por qué Palacio no interpreta mejor estos datos? Porque si así fuera su crítica, si no toda en gran parte, sería absolutamente innecesaria.

Supongamos, sin embargo, que Palacio va más profundo en su crítica y que asume el proyecto de los Estudios de Clases Subalternas que esgrime como la última palabra en ciencias sociales y cuyo contenido yo debí haber adivinado tres o cuatro años antes de que se publicaran. Sus aportes, en su mayoría de antropólogos y críticos literarios, son resumidos para el vulgo del 3r. mundo en el interesante informe de Florencia Mallon.¹ Interesante no por la validez de la propuesta sino por lo ilustrativo acerca de la enorme confusión que envuelve a esa mixtura impropia del pobre Gramsci con Derrida y Foucault. A pesar de reconocer lo infeliz de un matrimonio de ese tipo, Mallon insiste en la apología de la incoherencia: aunque sea imposible ser gramsciano al mismo tiempo que posmoderno, una especie de desesperación postmuro la llevaría a reivindicar el absurdo de galopar al mismo tiempo caballos que van en direcciones opuestas. Absurdo que se muestra en toda su magnitud en una propuesta metodológica que se ofrece como panacea "política": parece ser que si tratamos los textos con instrumental posmoderno recuperaremos el radicalismo político que el marxismo ya es incapaz de ofrecer. El problema surge cuando la asunción de los presupuestos posmodernos y/o derrideanos lleva a la disyunción: si existe la realidad y puedo conocerla, Derrida me sirve de poco. Si Derrida y/o los presupuestos posmodernos me sirven de mucho, el objeto de la investigación se transforma en texto, lo que lleva implícito que el tan mentado radicalismo político queda reducido a "guerra de palabras". ¿Qué se propone Palacio con citar (¿y filiarse?) esta línea de pensamiento? ¿Es el suyo un ataque "posmoderno" o simplemente un ataque de vaya a saber qué cosa? Si fuera lo primero habría que decir que, si asume el proyecto en su conjunto, si critica el uso de los diarios porque son fuentes "construidas" y no "la realidad misma" cayó en la misma trampa que Mallon: todas las "fuentes" son "construidas". Y por lo tanto, los "juicios", "cuentos", etc., etc., están tan alejados de la realidad como

¹Mallon, Florencia: "Promesa y dilema de los estudios subalternos: perspectivas a partir de la historia latinoamericana", en **Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana**, Dr. Emilio Ravignani, 3ra. Serie, núm. 12, II semestre de 1995



los diarios (todos los diarios...). Y no hay ningún presupuesto de privilegio para ningún discurso ni ningún observador. En consecuencia, lo que yo digo y hago es tan válido como lo suyo y lo de cualquiera. Vale señalar que esta consecuencia es una banalidad. No es mi culpa. Pero si no asume el conjunto del proyecto, también el resultado es una banalidad, porque los "consejos metodológicos" que ofrece pueden encontrarse hasta en los viejos textos de Cassani y Pérez Amuchástegui... Como ha escrito casi nada, es difícil saber si la ¿filiación? Scott-Guha-Mallon es una toma de posición en serio o es simple "chapa" bibliográfica.

Mucho me temo que sea sólo lo segundo. El examen de los diarios obreros exige una serie de cuidados, es cierto. **Toda** fuente lo exige. El punto clave es entender algunos datos centrales: ¿a quién le hablan los diarios obreros? ¿para qué hablan? ¿quiénes hablan? ¿en qué condiciones hablan?. Hay varios aspectos más, tan importantes como estos, pero aquí está el núcleo del problema. Un diario obrero no habla a la "opinión pública", intenta hablarle a los obreros. Los que escriben los diarios obreros son, por lo general, obreros. Cuando una organización no tiene en su seno obreros "intelectualizados" que escriben al mismo tiempo que trabajan y militan está en decadencia o se ha burocratizado. No era el caso ni de **La Protesta**, **La Vanguardia**, **La Organización Obrera** o **Bandera Proletaria**, sobre todo en momentos en los que se producía un auge espectacular de la clase obrera, sus tiradas eran enormes y la libertad con la que se expresaban era la más amplia aún en momentos de represión. Era la época en la que promociones enteras de la clase obrera se transformaban en su vanguardia intelectual: todos los que escribían en las páginas de **La Organización Obrera** eran obreros. Buena parte de los que lo hacían en **La Protesta** también. **La Vanguardia** no había llegado todavía a la época en la que se transformaría en un gran diario nacional: los Oddone tenían mucho lugar en sus páginas. Estructurar a la clase en una organización nacional, poderosa, era el objetivo de todos. Para toda organización obrera, reflejar la vida de los obreros en sus publicaciones es una necesidad: da a conocer el carácter común de los problemas, la forma en que miles de actos y hechos dispersos constituyen una sola realidad. Muestra al individuo indefenso la fuerza potencial de la unidad de los que en la superficie aparecen como seres aislados. Autoidentificación, autorreconocimiento. Un diario obrero no le habla a la "opinión pública" para mostrar la "iniquidad" del "capitalismo" o cosa por el estilo. Un diario obrero, cuando es una realidad viva, es un instrumento de trabajo político en el seno de la clase obrera. Y lo primero que tiene que demostrar es que no dice "disparates", que sus expresiones son el fiel reflejo de la realidad: nadie juega el cuero en una huelga, un boicot o lo que fuera, siguiendo a locos desafortunados que inventan una realidad que no existe. Por eso, los diarios obreros suelen tomar información "oficial", "estatal", "burguesa", simplemente por aquello de "a confesión de parte relevo de pruebas." De ahí que tomar datos sobre condiciones de vida, trabajo o salarios de los diarios obreros no constituye un salto al vacío. Quien nunca ha tenido militancia en organizaciones de este tipo difícilmente podrá captar el



problema sentado en un escritorio de universidad norteamericana, leyendo sobre la vida en una villa malaya...

c) **Críticas de orden teórico:** se dividen en las que atañen a la bibliografía utilizada (o mejor dicho, no utilizada), las que tienen como foco de atención a la noción de conflicto y las que se ocupan del problema del objeto bajo investigación.

c.1) La bibliografía no utilizada como soporte teórico: Aquí es cuando se evidencia mejor la ingenuidad de una crítica más preocupada por acumular acusaciones que por verificar la veracidad de las mismas. En principio, se nos acusa de no tomar en cuenta los "aportes" de bibliografía que es, en su gran mayoría y salvo uno o dos casos, no sólo posterior a la fecha en que fueron escritos los textos sino incluso a la fecha en que fueron publicados. En parte, mi apuro al redactar esta respuesta se debe a que, a medida que pasa el tiempo, aquellos artículos escritos hace ocho años son pasibles de ser acusados de no haberse beneficiados de más "nuevos" aportes. Probablemente, dentro de otros ocho años la crítica de Palacio pueda añadir a la lista de libros no leídos por mí *con anterioridad a su escritura*, una cantidad todavía mayor!

La mayor parte de los textos que Palacio me acusa de no haber leído hablan sobre contextos radicalmente ajenos al pampeano. Se trata de bibliografía que habla sobre los andes peruanos, sobre Colombia, sobre población precapitalista, sobre campesinado. El único texto del tan mentado James Scott que por su fecha podría haber leído antes de escribir los textos criticados, lleva por subtítulo "Forms of **peasant** Resistance". Recordemos de paso que el libro que nos habría abierto los ojos a la verdad consiste en un estudio del campesinado de una villa malaya (sí malaya, de Malasia...). Llevamos años tratando de enseñar algo que Boglich sabía hace más de 50: no hay campesinos en la pampa. Y lo que nosotros estudiábamos era obreros. ¿Hace falta señalar que sólo un analista superficial puede creer que la pampa se adecúa a esos marcos interpretativos? Claro, quien conoce de la pampa las cuentas de **una sola** estancia está poco capacitado para ver más allá de su nariz. Sin embargo, érase un hombre a una nariz pegado: si Palacio supiera algo sobre el agro pampeano me hubiera podido acusar de no conocer ni citar trabajos sobre el agro canadiense, australiano o norteamericano.

Palacio estuvo en EEUU y allí parece que leyó mucho. Y viene a decirnos que para entender a las clases subalternas hacía falta adivinar el contenido de textos todavía no escritos o conocer sí o sí a ese nuevo dios de los estudios sobre clases subalternas que parece ser ahora James Scott. Aunque no es este el lugar para discutir el trabajo de Scott (que no carece de valor) es cuestionable si su propuesta puede ser aplicada a sociedades donde el "hidden transcript" obrero no sólo sale a la luz todo el tiempo sino que



incluso se publica (¿que otra cosa si no son los tan despreciados diarios obreros?) y, más aún, ha engendrado una ciencia social entera (el marxismo, por supuesto).² No en vano Scott tiene una tendencia pronunciada a utilizar como ejemplos privilegiados sociedades campesinas y esclavistas, cuando no reduce el tratamiento del problema a un planteo psicológico individual. Sin embargo, en EEUU parece que sostienen que hay que leerlo y usarlo para todo. Así que, garrote al que no lo haga! Sería mejor que Sherlock se preocupara más por conocer el caso que le toca defender si es que quiere arribar a la verdad. Pero, ¿lo que dice Scott es una novedad que hacía falta traer de EEUU? Veinte años antes un señor llamado E. P. Thompson escribió un libro lo suficientemente famoso como para no citarlo (además porque ya está citado por el propio Scott a lo largo de su obra). Thompson desarrolló su obra en el contexto de un grupo de historiadores que veinte años más atrás todavía venía recreando la historia social: Hobsbawn y sus bandidos y bandoleros, Hill y los radicales desconocidos de la historia inglesa, Hilton y los campesinos, hasta el Rudé de las revueltas y motines, el Thompson de "Lucha de clases sin clases", etc., etc.. ¿Hay algo en Scott que no pueda derivarse con más utilidad de Raymond Williams o Richard Hogart? Yo creo que no, sobre todo porque el propio Scott, cuando da un ejemplo de "hidden transcript" obrero cita a éste último. Lástima: si hubiera querido hacer una crítica pertinente, Palacio podría haberme pegado por no citar el **Capitán Swing**, de Hobsbawn y Rudé, una revuelta de obreros rurales ingleses dedicados a la trilla de cereales... Parece que no lo tiene registrado a pesar de haber sido escrito muchos años antes que mis tan ultrajados textos. Yo sí lo leí y se lo recomiendo. Pero hay mucho más para recomendar, escrito con la suficiente antelación como para no poder alegar desconocimiento: ¿las formas de aparición de una clase obrera tan peculiar como la que nos ocupa? Lenin: **El desarrollo del capitalismo en Rusia**, 1899. ¿Las características de la población precapitalista en lucha contra el capitalismo naciente? Engels: **La guerra campesina en Alemania**; Marx: **El dieciocho brumario**. Claro que, para alguien que considera al marxismo algo superado, estos textos tienen poco que enseñar. No para Scott que los cita más de una vez, aprobatoriamente unas, como material de reflexión otras. Pero aún, si hubiera querido hacer una crítica mejor, podría haber señalado la utilidad de la consulta de los textos de Tilly sobre las huelgas en Francia,

²Sería absurdo pensar que lo que aparece en los diarios sindicales es la traducción directa de la conciencia de los obreros mismos y que el marxismo no es más que su condensación "teórica". Pero lo que no es absurdo es que ambos son parte de esa conciencia tal cual se manifiesta en importantes sectores de la clase en determinados momentos históricos. En otros momentos suele expresarse de otra manera pero por lo general, salvo en los momentos de dictadura fascista o algo similar, también en forma pública. El problema que arrastra Scott es su tendencia a observar el problema desde un punto de vista psicológico individual y no desde el punto de vista de clase. Precisamente, en aquellos momentos históricos en que la clase aparece más que nunca a simple vista (o por lo menos con una claridad casi imposible en otros períodos) su propuesta tiende a perder valor. Bajo el capitalismo, sobre todo a partir de la aparición de las instituciones de la clase obrera, parece difícil hablar de nociones tales como "hidden transcript" que suenan mucho más pertinentes en sociedades donde el clasismo tiene más dificultades para expresarse, como bajo la esclavitud o las comunidades campesinas.



cuya perspectiva, efectivamente, podría habernos ayudado a ordenar mejor el material.

La crítica de Palacio corre el riesgo de caer en la esterilidad libresca. Al igual que yo mismo, ha sido educado en una tradición que considera necesario leer todo lo que existe para poder empezar a escribir. Como leerlo todo es imposible, el resultado es que se escogen aquellas lecturas más a la moda o que parecen tener alguna vinculación con lo que se investiga, y a partir de allí se establece un cóctel ecléctico que actúa como "marco teórico". Pero una lista de autores que, como en el ejemplo que nos compete son en su mayoría estudios de casos y de perspectivas teóricas muy disímiles (desde un marxista como Daniel Nugent hasta una posmoderna como Mallon, pasando por un no se sabe qué Ranajit Guha), no equivale a una perspectiva teórica. Tener una teoría como marco implica algo más que amontonar títulos-fetiché con los que se busca apabullar al lector aunque luego no se los utilice para nada. En el momento en que escribí los textos cuestionados, me hallaba inserto en la misma ilusión que, sin embargo, he tratado de superar. Veo que Palacio no ha querido o no ha podido hacer lo mismo. No haber leído a James Scott no significa nada. Tal vez no esté a la moda, pero yo soy un científico no un coiffeur. Y pienso con mi propia cabeza. No sé lo que hace Palacio, porque ha escrito muy poco y sobre temas muy puntuales.

Palacio juzga pertinente utilizar una perspectiva teórica como la de James Scott al agro pampeano en pleno siglo XX. Puede ser que en contextos arcaicos tenga algo que decir pero es inútil cuando el marco es lo suficientemente "moderno" como para mostrar conflictos de clase "modernos" (léase capitalistas) en toda la regla. Creer que hace falta apelar a bibliografía que parte de reconocer como radicalmente extraño el objeto de estudio para estudiar a obreros del siglo XX no muestra el aggiornamento notable de un estudiante aventajado que ha conocido la luz de la ciencia al norte del río Bravo, sino que denuncia el extrañamiento de clase de alguien que sólo vió un obrero por televisión y lo considera una parte ininteligible de la humanidad. Es un rasgo propio de toda la bibliografía actual sobre "los estudios de clases subalternas", anticipado localmente bajo la forma de estudios sobre la "cultura de los sectores populares". Sólo un becario que ha estado observando las cuentas de una sola estancia por años puede sorprenderse al revisar archivos judiciales y encontrar... que los obreros pampeanos hacían juicios a sus patrones! Y que les sacaban la lengua y hacían chistes sobre sus cualidades personales! Para desgracia de nuestro distraído detective, hace cuatro o cinco años publiqué en **Nuestra América**, de la UNAM, un texto llamado "Primero de Mayo y conciencia de clase", donde examino cuentos, poesías, la Carta Gaucha, etc., etc.. Pero lo peor de todo, es que sin necesidad de apelar a ninguna sutileza ni a ir tan lejos, utilizando fuentes tan limitadas como los diarios, logramos escribir 328 páginas con centenares de conflictos obreros rurales. Para probar lo que queríamos probar, que el agro pampeano no era un espacio de relaciones idílicas, bastaba con eso. Claro que, para quien cree que los terratenientes pampeanos ejercían sobre los chacareros un "control



paternalista", cualquier cosa es posible, hasta afirmar en un texto lo contrario de lo que dice en otro sin que parezca notar ninguna contradicción...³

c.2) La noción de "Conflicto": Sherlock cree necesario explicarle a un grupo de investigadores que "conflicto" no es sinónimo de "huelga". Y que, por lo tanto, en realidad, al no ver otros "conflictos", sobre todo los de los peones de la ganadería, terminamos concediendo a la imagen idílica del agro pampeano. Para reforzar su argumento escoge una frase mía sacada de su contexto: señalo yo que elegimos investigar a los obreros temporarios porque son "los únicos que muestran actividad". De allí deduce que yo afirmo que "actividad" sólo equivale a "huelga" y que, por lo tanto, comparto la idea de la existencia de ese orden paternal y armónico que reivindican permanentemente los señores del agro. Si hubiera leído la introducción de Waldo, sabría que nos preocupaban mucho más que huelgas y que en la definición de "conflicto" incluíamos muchas más cosas (todas las que a él, sin mucha imaginación, se le ocurren y algunas más). Pero en un trabajo de 328 páginas sobre huelgas, una afirmación como la mía sólo puede señalar que los peones ganaderos no "muestran" ese tipo de "actividad". Si no investigamos otras "maneras" es porque la magnitud de la información recogida para ese tipo específico de conflicto que es la huelga, impedía, por el momento al menos, extenderse más allá. Al margen de que, para probar que el agro pampeano no estaba exento de conflicto lo que encontramos ya era más que suficiente. Se podría decir que, a partir de nuestro trabajo, la idea de un orden armónico en el agro pampeano sólo puede sostenerse tranquilas adentro de las estancias. Y es cierto que es necesario desmontar esta última defensa, que esta tarea está por hacer. Pero, ¿se nos va a culpar de todos los vacíos de la historiografía argentina, a pesar que levantamos la tapa sobre una negra historia que **nadie** había siquiera sospechado antes?

Para poder mantener la validez de su crítica, Palacio prefiere ignorar la distinción que nosotros proponíamos en aquel tiempo, distinción que precedía toda la investigación, a saber, la diferencia entre conflicto latente y manifiesto. De origen funcionalista, está en línea con aquella afirmación de Marx en el Manifiesto que señala que la lucha de clases es a veces abierta y otras subterránea. Pero de hecho, la idea es la misma que la distinción que hace Scott entre conflicto "cotidiano" y revueltas abiertas. Está en la base de esta distinción la idea de que el conflicto existe siempre, sólo que a veces no se ve. Y que, para verlo, exige otra forma de mirar. Pero esto es lo que señala Waldo en la introducción e incluso, cuando enumera las formas "latentes" su listado es notablemente parecido al que realiza Scott. En la misma introducción está

³Nos abstenemos aquí de criticar el texto aludido, por razones de espacio y de temática. Estamos hablando de Palacio, Juan Manuel: "Jorge Sabato y la historiografía rural pampeana, el problema del otro", en **Entrepasados**, nro. 10, comienzos de 1996



señalado por qué preferimos investigar los conflictos visibles, sin que eso signifique que aceptemos que no existe otra forma. Está repetido más de una vez y de más de una manera. Incluso se dice explícitamente que los peones de las estancias ganaderas están excluidos del análisis porque su carácter requiere "un tratamiento separado". Y por lo tanto, mi expresión, que permite el regodeo de Sherlock, debe interpretarse en ese marco. Pruebas al canto: el artículo en el que aparece la expresión criticada (p. 294) se titula "Sindicatos obreros rurales en la región pampeana, 1900-1922". Es un estudio de la acción sindical. En consecuencia, si privilegio a los obreros temporarios no se debe a que crea que no hay ningún tipo de actividad conflictiva entre los peones ganaderos, cosa que no digo en ningún lado. El privilegio se debe a que, "si hay sindicatos rurales, sólo afecta a los obreros temporarios". Es un dato de la realidad. Yo no tengo la culpa de que los peones ganaderos no hayan formado sindicatos. Habrán hecho otras cosas pero no eran objeto de ese artículo, que se limitaba al examen de la acción sindical. Sólo unos párrafos más arriba señalo: "aquí me concentraré en el problema de la organización sindical, dejando de lado el examen de los conflictos." Es decir, no habla de conflictos de ningún tipo, ni de peones temporarios ni de permanentes sino de la organización sindical. La frase estaba encuadrada en ese contexto y sólo un acto de mala fe o de descuido puede darle otro sentido. Porque además, en los mismos textos que critica, este autor que aquí escribe muestra la existencia de otro tipo de conflictos, como los que protagonizaban los obreros temporarios de cosecha en momentos en los que la conflictividad no estallaba en forma de huelga. Cito incluso a una fuente que no es de un obrero sino de un funcionario estatal, Biale Massé. ¿Por qué Palacio prefirió ignorar esto? Porque si no, su crítica, a esta altura ya casi toda, sería innecesaria. Y lo es. Toda su perorata pedagógica podrá impresionar al lector despreocupado pero no es más que fuego de artificio fuera de lugar.

Pero hay algo más que decir acerca de la noción de "conflicto". Palacio, cuando enumera otras formas de conflicto supuestamente despreciadas por nosotros, señala: "demandas judiciales" que hacían los peones rurales "por salarios impagos" o "los carreros contra los chacareros por atraso en el pago de sus servicios" o "la violencia cotidiana y solapada, ejercida individualmente por trabajadores... contra la propiedad ... de sus empleadores" o "aquella que se daba entre los trabajadores mismos". Y se pregunta: "¿No son estos, acaso, conflictos rurales, obreros y pampeanos?". Pues bien, querido amigo: **no**. Deudor de una tradición historiográfica que gusta de no definir con claridad los conceptos que utiliza, Palacio confunde manifestaciones de antagonismo con conflictos. Un conflicto social es un **hecho** compuesto por las acciones de fuerzas que se disputan un determinado territorio social. Los antagonismos no son conflictos: son atributos de **relaciones**. Hay muchas clases de relaciones. Un tipo específico de relación es la **relación antagónica**. Aclaremos más: una relación antagónica tampoco es un conflicto. Los conflictos



nacen de las relaciones antagónicas y su explicación depende de la comprensión de estas últimas. Un par de aclaraciones más: no todo conflicto es un conflicto social. Un juicio individual puede ser el resultado de, o el inicio de, un conflicto social, pero no es un conflicto social. Lo propio de un conflicto social es oponer fuerzas sociales, no individuos. Aunque los conflictos entre individuos puedan llevar (casi siempre lo hacen) la marca de antagonismos sociales. Un juicio promovido por un obrero no constituye un conflicto social, aunque puede ser la expresión de un antagonismo social. Pero si ese obrero busca (y obtiene) la solidaridad de su clase, mostrándose como ejemplo de ese antagonismo social que, por lo tanto, involucra a todos, entonces el problema individual puede transformarse en un conflicto social. La burguesía sabe esto y por eso transforma los antagonismos sociales en problemas individuales: por dar un ejemplo, la expropiación social constituida por la propiedad privada se oculta detrás de la represión individual del "delito". Cuando un obrero se defiende individualmente por medio de los instrumentos que la propia burguesía creó para quitarle carácter social al hecho, cae en la trampa. Su disputa judicial no es un conflicto social. Cuando apela a demostrar que el problema es el resultado de un antagonismo social y convoca desde allí a sus hermanos de clase para defenderlo, entonces puede transformar una situación individual en un conflicto social. Pascual Vuotto debe su libertad a este conocimiento que adquirió en la lucha social. No necesitó ni viajar a EEUU, ni estudiar en la universidad ni leer a Palacio. Mejor. Hubiera perdido. Tal vez nuestro becario no sepa quiénes eran Vuotto, Mainini y De diago (o Brodsky, Panario y Christiansen) pero confío que, al menos, habrá visto En el nombre del Padre...

¿A dónde vamos con todo esto? A varios lados. Primero: es probable que un análisis más fino y más detallado pueda dar cuenta de algún que otro conflicto en el marco de las estancias pampeanas, incluso varios, pero de haber existido en una cantidad importante o en una magnitud importante, serían mucho más visibles de lo que a Sherlock le parece. Y no sería un problema de fuentes: uno de los ejemplos de este tipo de acciones, es decir, conflictos sociales que se expresaron como tales, fue ampliamente publicitado por los diarios burgueses. Me estoy refiriendo al episodio conocido como "los crímenes de Tandil". Que un "gaucho malo" apuñale a su patrón es un hecho que está mostrando la existencia de un fuerte antagonismo social pero no es un conflicto social. Sí lo es el que un conjunto de personas se dediquen a acotar cuanto extranjero encuentren en un pueblo y ello exija la presencia activa del estado. En consecuencia, es fácil concluir que el agro pampeano no se parece ni remotamente al escenario de la violencia colombiana que cualquiera conoce con sólo haber leído un texto tan viejo como **Rebeldes Primitivos**.

Segundo. No todos los conflictos tienen la misma jerarquía. Aún apareciendo como conflictos sociales, no es lo mismo uno en el cual los protagonistas confunden el objetivo real de la lucha con otro en el cual lo comprenden pero se limitan a evitar las consecuencias de una posible derrota. Mucho menos,



cuando los protagonistas son capaces de imaginar una forma diferente de relaciones sociales y buscan, a través del conflicto, imponerlas a las anteriores. Va de suyo que no es lo mismo un movimiento en el que los protagonistas enfrentan las balas enemigas al grito de "Viva la Virgen María", esperando que esta los proteja de sus efectos, como suele suceder en los movimientos milenaristas, que la rebelión de esclavos negros haitianos del siglo XIX o la revolución rusa. ¿Por qué señalo este aspecto del problema? Porque nosotros descubrimos que el agro pampeano no sólo estaba atravesado por tensiones de clase sino que estas tensiones se expresaban claramente como tales. Y aunque fuera dudoso que una revolución social estuviera en marcha en la pampa, como torpemente parece Sherlock insinuar que yo sostengo (pero que niego casi explícitamente al confrontar **La Protesta** con **La Vanguardia**), lo que sí está claro es que el nivel de enfrentamiento de fuerzas sociales alcanzó un grado muy elevado, inusual en la sociedad argentina. En vez de resaltar este aspecto de la contribución, que tiende a reforzar la crítica a la idea de un agro pampeano armónico e idílico, Palacio prefiere reprocharnos no prestar atención a manifestaciones menores de antagonismo social. Al revés de lo que Sherlock piensa, si toda la conflictividad social pampeana se agotara en esas formas limitadas, la imagen oficial no estaría tan errada.

Cuando un investigador está preocupado por las formas de acción de las "clases subalternas" puede tener en mente intenciones variadas. Pero si uno está interesado por el cambio social, lo que tendrá en la cabeza no es la exaltación de cualquier forma de acción sino el examen riguroso de las mismas a fin de entender con qué recursos se cuenta. Si uno no encuentra formas de acción elevadas, tenderá a preocuparse por encontrar otras formas. Existiendo otras formas, procederá a evaluarlas. Y una primera y elemental forma de evaluación exige pensar en qué medida dichas formas de acción son capaces de **resolver** el conflicto a favor de los afectados. La "resistencia", actitud tan elogiada por algunos colegas, es una forma de acción menor, en tanto se limita a perpetuar el estado de cosas o evitar que empeore, pero no sirve, porque es defensiva, a la hora de dar por terminado el conflicto eliminando sus causas de una buena vez y para siempre. La crítica de la "resistencia" no es el desprecio de quienes resisten sino el señalamiento de las limitaciones en busca de su superación. Cuando no existe otra cosa que resistencia, reivindicarla no está mal, siempre es preferible a la idea de que la gente acepta todo sin chistar, pero si hay algo más, va de suyo que exaltar la resistencia no es muy interesante. Sin embargo, toda una corriente de profesores universitarios hace carrera protegido de barniz progresista llenando páginas enteras sobre "chismes maliciosos". Los estudios sobre la cultura de las clases subalternas, que han ido degenerando a medida que las tropas del postestructuralismo y el postmodernismo se amontonan en las fronteras de la historia, estaban dirigidos a mostrar la existencia de lucha de clases (término que prefiero utilizar hoy en lugar de conflicto) en contextos en los que no parecía existir ni lucha ni clases. Hoy han conseguido transformar una rama



originalmente crítica de la historia social en folclore. Historia anodina que viene a decirnos que la gente le sacaba la lengua a sus patrones. Que nos lo expliquen de contextos culturalmente muy alejados de nuestro mundo, vaya y pase. Que nos vengan a decir que nuestros abuelos no eran estúpidos, es una tontería. Que pretendan encubrir una banalidad tal tras una montaña de bibliografía fuera de lugar y tardía, es otra.

No está mal señalar que el mundo pampeano, incluso dentro de las estancias, estaba cruzado por un fuerte antagonismo social. No está mal porque es cierto. Demostrarlo no es inútil. El problema es que la idea que preside la crítica de Palacio en este punto es que cualquier cosa es un conflicto y esto, lejos de ser inocente es una clara manipulación ideológica. Las críticas que hoy me hace Palacio, refieren a dos formas diferentes de pensar la historia y la tarea del historiador. Como marxista, intento pensar la historia como una tarea que sirve para iluminar las luchas actuales en las que participa la clase a la que pertenezco por origen y por vocación política. Y me preocupa entender cómo el poder del trabajo puede transformarse en acción, organización y conciencia. Por eso hoy, aunque Palacio me hubiera llamado la atención sobre algún aspecto que pudiera haber dejado de lado por ignorancia, no seguiría sus consejos. El dominio de los "gramscianos" y postestructuralistas (y otros post, por supuesto) ha eliminado la finalidad política que yacía originalmente detrás de esos estudios. Una de las vías por las cuales se realizó la amputación fue el privilegiar aspectos menos directamente políticos de la vida social e igualarlos en importancia a otros ruidosamente manifiestos. Y lentamente, lo que parecía una extensión de aquellas preocupaciones directamente políticas se fue transformando en el estudio de la banalidad, del folclore. La adopción de métodos y propuestas posmodernas y postestructuralistas adornados con una pátina de crítica a la izquierda más politizada, elaborada por las diferentes variantes de lo que fue la Nueva Izquierda de los años 60 (pero frecuentemente ex PC reciclados en "nuevos demócratas") fue derivando luego de las derrotas de los 70, hacia posturas cada vez más derechistas e insulzas. Eliminando los problemas directamente políticos de la clase obrera, incluso negando su misma existencia, elaboran una crítica que se pretende más a la izquierda, enfatizando los problemas de la vida cotidiana o de la cultura despojados de todo elemento de lucha de clases, reduciendo la realidad estudiada a puro texto. La acción política es sólo riña verbal entre académicos que de tanto en tanto firman alguna proclama "progresista". Así es como el post-estructuralismo, los estudios de crítica cultural, etc., se transformaron en la ideología legitimadora de quienes ganan becas, viajan y publican sin la menor intención de transformar todo ese conocimiento en acción. Para no comprometerse, prefieren eludir los problemas reales y formulan problemas imaginarios. Mundo inocuo en el que nada pasará jamás porque allí el conocimiento se ha transmutado de crítica de lo real en apología de la ideología y la política de una clase que vive de y para el cerrado "universo" universitario.



c.3) **Sobre el objeto de estudio:** como otro aporte a la ciencia, Palacio se propone cuestionar el concepto de clase. ¿En nombre de qué? No se sabe, porque nunca ha escrito nada sobre el punto. Ahora bien, remite a la crítica que Hilda Sabato le hiciera a Alfredo Pucciarelli también en las páginas de **Desarrollo Económico**. En consecuencia, se supone que adhiere a las posiciones que allí sustenta su autora preferida. Pero el problema es que la profesora Sabato ha borrado a las clases sociales del análisis. Aunque nombre alguna por aquí o por allá, ella y toda la historiografía a la que se vincula Palacio ha creído modernizar el oficio eliminando un concepto al que juzgan atrasado, incómodo, inútil. En aquella crítica, Sabato se escuda en "el debate inglés" sobre las clases, sin especificar nada más al respecto, como si el resultado de ese intercambio hubiera sido la conclusión de eliminarlas del análisis social. Muy por el contrario, el autor que es esgrimido como fetiche contra los "clasistas" E. P. Thompson, comienza su libro más famoso diciendo "clase obrera y no clases obreras" (y por deducción no "sectores populares") para remarcar el carácter real y unitario de la clase. Y las centenares de páginas que siguen a esa toma de posición no son más que la puesta en escena de la complejidad interna de la clase, de la enorme variedad de sus experiencias, de la riqueza de su producción cultural. Algunos han preferido innovar volviendo de hecho al funcionalismo, desechando una categoría que designa una relación (clase) en nombre de otra que no designa nada más que un recorte geométrico ("sectores populares"). Esto no sólo no resuelve el problema, lo agrava. Porque el chiste no radica en tirar el agua sucia con el bebé y todo. Si matamos al enfermo es obvio que no tendremos más enfermedad. La gracia, es curarla sin matar al paciente. Por eso, más que evadir el problema siempre incómodo de las clases, lo que hay que hacer es enfrentarlo. La peor consecuencia de esa crítica de Hilda Sabato a Alfredo Pucciarelli es que ha dado rienda suelta a historiadores como Palacio para despreciar las dificultades del análisis social, sobre todo aquellas que refieren a problemas de definición del objeto bajo estudio. El resultado puede verse en el curioso panegírico con el que Palacio celebra a Jorge Sabato retornando a las trilladas tesis de James Scobie basado en unas cuantas historias pueblerinas sobre chacareros endeudados.⁴

Esta es la razón por la que dedicamos, sobre todo yo según Palacio, bastante espacio (aunque no todo el necesario) a entender qué es el personaje al que tenemos por objeto de investigación. Es tan elemental que parecería no merecer explicación alguna. Y si hemos debido apelar a las metáforas "químicas" de las que se burla Sherlock, es porque no teníamos en claro en aquel momento cual era el modo más adecuado de pensar. [¿Hay que añadir que las metáforas son parte del lenguaje científico? Palacio debería releer a Scott: ¿"armas de los débiles", "hidden transcript", "fat or thin theories of

⁴Vease Palacio, op. cit. El hecho de repetir posiciones tan viejas (y superadas) no le impide creer y declarar sin pudor alguno que ha realizado otro aporte "original" a la historiografía argentina.



hegemony" no son metáforas propias de la guerra, la novelística detectivesca y las dietas para adelgazar? También debería recordar su propia expresión para designar al chacarero como "el otro", oscura metáfora entre Lacan y Borges...] Curiosamente, mi forma de ver el tema en aquel entonces estaba mucho más cercano a la posición actual de Palacio de lo que él quisiera reconocer. Porque, sin renegar del concepto de clase, creía necesario rechazar cualquier formulación que repitiera algún esquema conocido. Llegaba incluso a postular la posibilidad de la existencia de una clase "sui generis", tal como muestra el último texto de la compilación. Es decir, había dado el primer paso en el camino que lleva a rechazar el concepto en sí mismo: desgajarlo de un cuerpo teórico específico. Mi profundización en el marxismo me llevó a entender mejor el problema: si lo que tenemos aquí es una sociedad capitalista en formación, lo que podemos encontrar son formas que correspondan a un proceso de definición de tales relaciones. Esto vincula teoría e historia: si el capital se desarrolla, lo hace creando las clases que le son propias. Toda otra forma es una transición hacia ellas. No me apoyo sólo en **El Capital**. La historia contemporánea está de testigo.

En consecuencia estos trabajadores rurales debían pensarse desde ese proceso. Era un tipo de población que vivía de la venta de su fuerza de trabajo pero sin empleo fijo, con un desplazamiento al mismo tiempo geográfico y ocupacional. Siendo así, ¿a qué se parecían? A aquello que Marx denomina la "infantería ligera del capital", un tipo de población que es movilizada permanentemente por el capital (espero que Palacio no se burle de la metáfora militar..). Marx explícitamente incluye a los trabajadores rurales en este sector de la clase obrera. Y digo sector o capa porque la clase obrera, como cualquier otra, no es un fenómeno homogéneo. Lo que caracterizaba a esa etapa de desarrollo de un capitalismo de base agraria era el hiperdesarrollo de la infantería ligera del capital. Esto tiene notables consecuencias a la hora de analizar el desarrollo social argentino y Bunge fue uno de los primeros en observar el problema. Hasta donde sé, probablemente sea una situación parecida a otros países similares. Esto explica también por qué no hay extensión de la sindicalización y los conflictos sociales dentro del proletariado ganadero: siendo ambos parte del proletariado rural, pertenecían a capas diferentes de la misma clase. Una aclaración más: rural no es un adjetivo que designa una situación geográfica sino una relación. Un obrero no es rural o industrial porque viva en el campo o la ciudad sino porque vende su fuerza de trabajo a aquella fracción del capital que opera en la producción de alimentos y materias primas. En momentos en que concurre al campo, la infantería ligera es proletariado rural.

Cuando Palacio prefiere pensar el problema siguiendo a Scott comete errores garrafales: en su opinión, el ciclo conflictivo 1918-22 sería una de esas raras oportunidades en las que el "hidden transcript" sale a la luz, en los que la "población rural" se moviliza masiva y explosivamente. Pero al decir esto está asimilando la sociedad pampeana con sociedades campesinas y a los obreros de cosecha pampeanos con



campesinos o algo parecido, cuyas relaciones con los "dominadores" impiden una forma de acción más independiente. Sin embargo, las huelgas del ciclo 1918-22 están protagonizadas por obreros de procedencia urbana, con una amplia experiencia en movilizaciones y huelgas. Es más, el ciclo 1918-22 es un período conflictivo no sólo en el agro pampeano. Los ciclos de conflicto y acción sindical en el agro pampeano y las grandes ciudades estaban bastante sincronizados dada la intensa conexión entre los dos ámbitos (algo muy conocido desde los pioneros trabajos de Pianetto y Cortés Conde, sin necesidad de remontarnos hasta los análisis de Bunge en el DNT). Los sindicatos están presentes en el agro desde muy temprano, un agro que como cualquiera sabe era y es extremadamente moderno (salvo para Palacio que parece adherir a posiciones estilo PCR que remarcan el carácter quasi feudal de la pampa...). ¿Utilizaría Palacio las sugerencias de Scott para analizar a los obreros rurales temporarios norteamericanos o canadienses? Debería hacerlo porque ambos, igual que los argentinos eran todos italianos y europeos en general, manipulando la misma tecnología y trabajando en las mismas condiciones. Sin embargo, prefiere pensar que el agro pampeano está más cerca de México, Chile o Perú que de los anteriores. Errores de este tipo suceden cuando se habla de lo que no se conoce, encandilado por propuestas metodológicas cuya pertinencia habría que verificar primero. Pero ese "verificar primero" implica definir con precisión el objeto de estudio, cosa a la que Palacio no se siente obligado, aunque eso lo lleve a hablar sin mucho fundamento.

Un último punto importante: que los textos de la compilación sean efectivamente muy descriptivos, no significa que nuestra postura fuera "empirista". No hay que confundir una etapa necesaria de toda investigación (la descripción) con una forma de concebir la realidad (empirismo). Todo el mundo está obligado a realizar una descripción del objeto que se pretende analizar. Luego procede al análisis, a descubrir las conexiones internas y las relaciones básicas. Por último llega la recomposición de la totalidad inicial pero ahora sobre la base de la estructura de relaciones que la conforma: el caos inicial de la realidad ha sido recompuesto en una totalidad ordenada. En ese momento se hace posible la comprensión de la realidad y la explicación de su razón de ser, su dinámica, etc., etc.. El empirismo se queda en la primera etapa, a la que confunde con la realidad misma. Y en lugar de transformar los hechos en categorías, los llama como ellos se llaman a sí mismos. Así es como se vuelve imposible vincular diferentes aspectos de la realidad. La historiografía dominante hoy en la Argentina, a la que pertenece Palacio, procede de esta manera: Hilda Sabato escribe un libro sobre el período lanar y no encuentra clases sociales, sólo empresarios, cuya diferencia es el tamaño (estancieros lanares y sheep farmers). No es casual que deplora un texto como el de Pucciarelli que pone el énfasis en el punto opuesto: pasar del caos de las "empresas" y los "empresarios" a la totalidad ordenada de las clases sociales y de allí intentar explicar los fenómenos políticos y económicos. Curiosamente, el texto de Jorge Sabato, que guía la reflexión de Hilda está animado



por la misma pasión que Pucciarelli, buscar la base material de la clase dominante. Se podrá cuestionar si los resultados y los procedimientos son los correctos en cualquiera de los dos casos. Lo que está más que claro es que un científico actúa de esa manera y no de otra. Llamar a los chacareros pampeanos "chacareros" o "arrendatarios" como hace Palacio no es más que otra manera de ejemplificar qué es el empirismo: la reproducción de la realidad tal cual se nos aparece. En efecto: en la categoría "chacarero" Palacio mezcla productores directos con pequeña burguesía y burguesía. Cuando lo define como "arrendatario agricultor" sucede exactamente lo mismo. Arrendatario puede ser cualquiera que "arriende", desde Macri hasta el dueño de un kiosco. Esa es una forma burda de definir al personaje en cuestión porque no nos permite diferenciarlo de otros que son claramente distintos. Ese es uno de los vicios del empirismo: llama igual a lo que es diferente. Es curioso que Palacio termine cayendo en los errores que señala en otros, pero eso no hace más que mostrar la superficialidad de una crítica basada en un conocimiento superficial. No está mal reivindicar la descripción **como parte de un proceso de investigación**. La descripción no tiene por función "entretener" como sugiere por allí Palacio: un científico no es un payaso ni un animador de fiestas infantiles. Tiene por función constituir un primer ordenamiento de la realidad con fines a su análisis. No sólo es legítimo sino necesario. El problema surge cuando la descripción se vuelve un objetivo en sí mismo. Quien está "entretenido" en hacer críticas superficiales dudosamente supere alguna vez el estadio de contemplación pasiva de la realidad.

Conclusión:

¿Es lícito dar a publicidad una obra en "estado tan preliminar"? se pregunta Palacio (a quien habría que recordarle el carácter precario de las conclusiones que él mismo esboza en el artículo citado más arriba sobre los chacareros pampeanos pero no es esta la única crítica que hace a los demás evitando hacérsela a sí mismo). ¿Era lícito dar a publicidad los textos que Palacio critica? Sí. Porque si no hubiéramos publicado esos textos, que ya por sí tienen valor de información y crítica de imágenes adocenadas, en espera de ulteriores tratamientos, todavía estarían archivados. La intuición de que era mejor publicarlos dado que el futuro no aparecía seguro para la continuidad del proyecto, se reveló acertada. Con sus defectos, es un aporte al cuerpo de conocimientos que tenemos acerca de la sociedad argentina (no sólo del mundo agrario). Esto está reconocido por el propio Palacio en su crítica y ya es mucho más que lo que se puede decir de su propia producción historiográfica. Yo había preferido olvidar esos textos. No me parecía que contuvieran nada rescatable. La crítica me ha convencido de que, después de todo, no estaban tan mal y me ha animado a volver sobre ellos y recuperar el proyecto de un libro propio sobre esos problemas que alguna

Sartelli, Eduardo: *¿Revolución en la historiografía pampeana? Una respuesta a "¿Revolución en las pampas?" de Juan Manuel R. Palacio*, Desarrollo económico, vol. 35, nro. 140 (enero-marzo 1996),
Reedición electrónica



vez imaginé con el título **La Sal de la Tierra**. Curioso resultado para una crítica inútil. Tan curioso como la mutación asombrosa de un ingenioso detective en un simpático, después de todo, personaje de caricatura yanqui...